

EL GENERAL CODAZZI Y LA COMISIÓN COROGRÁFICA

Por: **ROBERTO CONVERS CODAZZI**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 111, Volumen 31
1977*

Conferencia en el Club de Ciencias Sociales del Colegio Militar Caldas. Dictada
Por el señor Vice-Rector del plantel, profesor Roberto Convers Codazzi.

Cadetes:



¿Quién era ese joven de 16 años, que en el fragor de una batalla entre el ejército de Napoleón y el de la coalición de los príncipes de Europa, pide un puesto de peligro, al pie de un cañón? Su padre, Domingo, tenía una sedería en Lugo, pequeña ciudad del norte de Italia, y doña Constanza Bartolotti, la esposa más bella de su tiempo en los Estados Pontificios, lo había educado cristianamente para que fuera un buen patriota. Agustín Codazzi, en las Escuelas Militares de Bolonia y de Pavía, se distinguió entre sus compañeros de generación por el amor al estudio. Lo apasionaron las matemáticas, las ciencias naturales, la geografía, la historia y las hazañas de Napoleón I que entonces era el Amo del Mundo. A los 19 años, se gradúa como Oficial de Ingenieros, poco antes de recibir su bautismo de sangre en la batalla de Lutzen. Codazzi hablaba italiano, francés y alemán pero podía estudiar también libros en latín y en inglés, idiomas éstos que 40 años más tarde le iban a permitir cartearse con los más renombrados sabios de Europa y de su tiempo, en pie de igualdad, desde tierras americanas.

Cadete a los 16 años y oficial a los 19, Agustín Codazzi tenía verdadera pasión también por la aventura. Valeroso en extremo, sufrido en las fatigas, esforzado en los trabajos, disciplinado en las filas, ordenado en su vida de cuartel, en su tiempo de licencia se lanzaba a recorrer mundo, a pasar aventuras. Tomando siempre atenta nota de las gentes que conocía, de los lugares que visitaba, de los peligros afrontados, de las costumbres extrañas que le tocaba compartir, y así su espíritu estaba permanentemente abierto a descubrir nuevos horizontes, a emprender nuevas empresas, pero buscando siempre el progreso de la humanidad, "pro mundi beneficio", como reza el emblema del Canal de Panamá, cuyo trazado se basó en los estudios geográficos de Codazzi.

A los 23 años, el joven oficial recibe una de las mayores desilusiones de su vida: la noticia de la derrota de Napoleón en Waterloo, después de los Cien Días. Y poco después, los refugiados que llegaban a Europa procedentes de las reconquistadas colonias españolas de este lado del Atlántico, contaban las atrocidades que contra los patriotas cometían los soldados comandados por los generales de la Península, que habían contribuido a derrotar allí a Napoleón.

Una nueva faceta de patriotismo surge en el joven italiano; su Patria ya no es una región de los Estados Pontificios, ya no es una provincia del Imperio. Su patria es el mundo, y su sitio de

combate está al lado de los oprimidos para combatir valientemente contra los opresores. He ahí un revolucionario de verdad.

Ese es el origen de la vida militar de Codazzi al servicio de la causa de la independencia de Colombia. El teniente de artillería se convierte en teniente de fragata, porque es en el Caribe donde va a librar las primeras escaramuzas contra las naves españolas. Desde la costa de Mosquitos y el archipiélago de San Andrés y Providencia, hasta la isla de Trinidad y el Delta del Orinoco, Codazzi cumple la tarea de proteger la compra de armas y municiones para la recién nacida República de Colombia y de facilitar el desembarco de tropas extranjeras reclutadas en Europa y Estados Unidos, que más tarde van a integrar la "Legión Británica".

En Angostura encuentra al antioqueño Zea y al caraqueño Bolívar dispuestos a ganar la formidable epopeya de los Andes. Con ellos ve Codazzi los patriotas casi desnudos, pero disciplinados, que empiezan a cubrirse de gloria en escaramuzas y guerrillas. Las estrellas de capitán y la barra de mayor, las ganan en combates navales contra el Fuerte de San Felipe en Guatemala, o defendiendo su caleta de Vieja Providencia.

A mediados del año de 1819 vuela la noticia de que Bolívar ha superado a Aníbal y a César en el paso de los Alpes, y a San Martín en un nuevo paso de los Andes. Codazzi se embarca para el golfo de Urabá, remonta el Atrato, baja al San Juan por el Arrastradero de San Pablo, atraviesa el Quindío y llega a Santafé después de la huida de Sámano, cuando Santander ordena el fusilamiento de Barreiro y de los demás prisioneros capturados en Boyacá. Cuando Codazzi le ofrece los servicios de la flotilla de Aury en el Caribe para adelantar la toma de Cartagena, se interponen los envidiosos, que nunca faltan, y debe entonces regresar al Archipiélago por la misma vía del Quindío y del Atrato. A su paso por el Chocó toma parte en combates y escaramuzas contra las fuerzas españolas que pretenden defender todavía una de las provincias más ricas de la Nueva Granada. Esta parte casi desconocida de la Vida de Codazzi, es uno de los capítulos más apasionantes del libro de sus Memorias, editado en 1975, en traducción de Andrés Soriano y del Padre Alberto Lee López, por el Banco de la República.

Sin que se le permitiera tomar parte en el sitio de Cartagena, Codazzi regresa a Italia como comerciante, haciendo varios viajes entre las Antillas y el viejo mundo. Allí muere su padre, en 1824 el año de Ayacucho. En Europa se rumor a que las recién liberadas colonias españolas, como las Ranas de las fábulas de Esopo y de Fedro, estaban pidiendo Rey, y lo buscaban entre las monarquías que formaban parte de la Santa Alianza después del Congreso de Viena. En Santafé el partido monárquico lo acaudillaban Vergara, Restrepo y Urdaneta.

Y de nuevo el patriotismo de Agustín Codazzi se impone sobre su sed de aventuras y sobre su afición por los viajes de comercio. ¿Cómo va a ser posible que América, después de 15 años de lucha para extirpar la tiranía, vaya a caer de nuevo bajo coronas y cetros extranjeros? Hay que hacer conocer de los americanos, como lo quiso Mutis, como lo quiso Caldas, ese inmenso tesoro de riquezas que yacen en su forma mineral ocultos bajo las tupidas selvas de los Andes, en los lechos de caudalosos ríos, en las nevadas cumbres de extinguidos volcanes, en su flora, en su fauna, para que América entera pueda convertirse en la despensa del viejo continente, para que nueva sangre alimente, como savia nutricia a las generaciones que acaban de nacer en las recién libertadas repúblicas.

Codazzi regresa a Colombia en 1826. De Cartagena viaja a Santafé, remontando, esta vez, el río Magdalena hasta Honda, y de allí por Guaduas y Facatativa llega a Tocaima a esperar al Libertador, que vuelve del Perú, llamado por el Congreso para sofocar la rebelión de Páez en Valencia. En este viaje se entera de cómo marcha la política en la Nación que él había visto nacer 10 años antes a orillas del Orinoco. Hay dos partidos: el monárquico y el constitucional. El monárquico quiere

imponer un príncipe extranjero. El constitucional defiende a capa y espada la Constitución de Cúcuta de 1821, que no puede ser reformada antes de que se venza un plazo de 10 años. Bolívar, desde 1822, en Guayaquil, había manifestado al benemérito General San Martín su desprecio por las pompas de la corona, pero viene ilusionado con su constitución boliviana, que rige los destinos de la última de sus hijas. Los del partido acaudillado por Vergara ven en los abogados de la provincia del Socorro, en Gómez, en Azuero, en Soto, en González, en Vargas Tejada, en los defensores de la constitución de Cúcuta como Santander, en los abogados o casacas negras de Bogotá, una especie de diablos de levita, que aprovechaban las tribunas del Templo de Santo Domingo, donde se reunía el Congreso, para acusar a los próceres, como había ocurrido el año 23 con el anciano precursor Nariño, y Como era la moda, en el 26, con el General Páez, que se levantó en armas en Valencia para evitarse el viaje a Bogotá y la defensa ante el Senado. Aquí su amigo Santander gobernaba, como Vicepresidente, una nación que se extendía desde la Guayana hasta las fuentes del Amazonas, y desde la costa de Mosquitos y Panamá hasta la frontera con el recién creado imperio del Brasil.

Bolívar venía del Perú, resuelto a hacer las paces con el León de Apure costara lo que costare. No iba a derrotarlo en una batalla, sino a vencerlo con un generoso abrazo de viejos amigos. Y ¿quién mejor que el ingeniero y artillero italiano, antiguo oficial de Estado Mayor del Coronel Armandi en el Ejército de Italia, único quizá de su séquito que no estaba contaminado por el virus de los partidos, por la envidia artera o por las enconadas rencillas entre "militaristas" y "civilistas", para propiciar ese encuentro de reconciliación entre los dos titanes de la libertad de Venezuela? Si además Codazzi podía, de paso, fortificar la barra de Maracaibo, para impedir el desembarco español tan temido por los amigos de Páez, el doctor Revenga y el antiguo magistrado don Miguel Peña que se había alzado con una buena parte de las libras esterlinas del primer empréstito que a Colombia le hicieron los banqueros de Su Majestad Británica. Porque los antecedentes de la enemistad de Páez y de Bolívar en 1826, y de Santander y el Libertador en 1828, hay que buscarlos en la acusación que se formuló contra el doctor Peña por haberse negado a firmar la sentencia de muerte del Coronel Infante y por haber hecho mal uso de su comisión para llevar a Caracas la parte venezolana del empréstito de Inglaterra. Estos hechos eran de todos conocidos y comentados. Unos en pro, y en contra otros, los militares y políticos hablaban de ellos. Solamente había una esperanza, y esa esperanza se llamaba Simón Bolívar. Y con él, hombro a hombro, marcha Agustín Codazzi por el camino de Tunja, por el camino del Socorro, por el de Bucaramanga, por el de Pamplona y Cúcuta, conversando día y noche con el héroe de los Andes, de las campañas de los Alpes.

Imaginen ustedes, cadetes del Colegio Militar Caldas, a estos dos militares que marchan hombro a hombro, al paso vivo de sus cabalgaduras, hablando de Napoleón, a quien ambos habían conocido en Europa. Bolívar había asistido a la coronación del Emperador en 1805, antes de viajar a Roma para jurar en el Monte Aventino la libertad del continente americano. Codazzi había combatido bajo las gloriosas banderas del Corso en sus mejores días, pero también en la adversa fortuna, cuando las sombras de Fontainebleau y de la Isla de Elba presagiaban el desastre de los pantanos de Waterloo.

Codazzi venía de esa Italia, cuyos Alpes habían cruzado los elefantes de Aníbal y las legiones de César. Bolívar venía de recorrer los Andes con unos niños a quienes apenas les estaba apuntando el bigote y que habían ganado batallas contra los vencedores de Napoleón, entonando joropos y cantando bambucos.

El séquito de Bolívar no lo compartían sus generales, los que lo habían acompañado en las noches del Rimac y de la Magdalena, los que conocían ya la influencia que sobre el héroe del Cerro de Pasco y de Junín ejercía Manuelita Sáenz, los que sabían ya que los pulmones que habían desafiado la altura y las nieves del Chimborazo no podían aguantar los males aires de la maledicencia y de la

envidia. Los generales se quedaron en Santa Fe, unos en la Quinta que Cundinamarca le había regalado al Libertador, al pie de Monserrate, y otros en la Hacienda de Hato Grande, en la salida del camino para Tunja.

Codazzi y el médico Pedro Villarán iban a lado y lado de Bolívar. Ya en Pamplona, que para el Libertador traía el triste recuerdo de la muerte de Anzoátegui, tuvieron noticias más frescas de la rebelión de Valencia. En Cúcuta, cuna de la controvertida constitución, tomaron el camino de La Horqueta, para salir al Zulia y bajar por el río hasta Maracaibo. Los ojos de Codazzi y sus libretas de apuntes iban registrando, palmo a palmo, el terreno. Esa facilidad de observación, aun de los más mínimos detalles arcifinos, permitiría al futuro cartógrafo, años más tarde, trabajar sin cansancio y con rapidez asombrosa en el levantamiento de los mapas de Venezuela y de Colombia.

En vísperas de Navidad llegaron a Maracaibo, donde Codazzi debía asumir el mando de la artillería, y efectivamente allí recibe el despacho de Primer Comandante de Artillería Colombiano, que viene acompañado de la inclusión en la Orden de los Libertadores y del reconocimiento de su Hoja de Servicios hasta esa fecha, considerando su anterior viaje a Italia como tiempo de licencia. Pero las tareas tácticas y estratégicas de la fortificación de Maracaibo, y el levantamiento de los planos y mapas del estrecho que comunica el lago con el golfo, al sur este de los islotes de "los Frailes", no fueron tan importantes en la vida de Codazzi como el conocimiento del León de Apure y la amistad que desde entonces unió a estos dos soldados, estrechamente y con carácter de indisoluble, por más de veinte años. En la Guajira permaneció Codazzi para comenzar la mensura de los médanos de Sinamaica, mientras Bolívar regresaba a afrontar en Bogotá los preparativos de la Convención de Ocaña que habría de dividir en dos la historia de América.

Porque si en 1828 en Ocaña hubieran triunfado los partidarios de Bolívar, con O'Leary y Urdaneta a la cabeza, el Libertador hubiera impuesto la Constitución Boliviana a mano fuerte, y la Gran Colombia no se hubiera desmenuzado, sino surgiera más arrogante que los poderosos Estados Unidos de Norteamérica o que las Provincias del Río de la Plata en el Sur. O, si por el contrario, hubiera triunfado el espíritu civilista de la Constitución de Cúcuta, a la luz de esas antorchas de la libertad que eran los Sotos y los Azueros, los González y los Gómez del Socorro, la Constitución de Cúcuta de 1821 hubiera sido reformada al vencimiento de su plazo, en 1831, a satisfacción de sus partidarios de allende el Táchira y de allende el Rumichaca. Pero Bolívar, desde Bucaramanga - leemos en Perú de la Croix que había sido compañero de Codazzi en el archipiélago ordenó a sus partidarios en Ocaña, que estaban en minoría frente a los de Santander, que se retiraran de la Convención para romper el quórum, y la gran Asamblea se disolvió sin haber reformado en ningún sentido la Constitución del año 21, que ya estaba caduca y obsoleta, dejando en los resentidos un sabor de envidia y en los otros una conciencia de frustración y de burla.

Es entonces cuando Bolívar regresa a Bogotá y Herrán le presenta la Dictadura servida en bandeja por una Asamblea de Padres de Familia; es entonces cuando se acentúa la rivalidad entre bolivarianos y santanderistas; cuando los foetes y los sables golpean los faldones de las levitas; cuando Arganiel, desde la penumbra, de las sociedades secretas, arma el puñal de Mariano Ospina y de los otros conspiradores de septiembre para que atenten contra la vida del Libertador; cuando el almirante José Padilla es injustamente sentenciado a muerte, ahorcado y fusilado en la Plaza de la Constitución; cuando Santander es encadenado y marcha a comer el duro pan del destierro; cuando se avecinan la insurrección y el asesinato de Córdoba, la partida y el asesinato de Sucre, la disolución de la Gran Colombia y, finalmente la muerte del Libertador en la Quinta de San Pedro Alejandrino.

Puede afirmarse que la Convención de Ocaña pasó de ser Manzana de la Discordia a convertirse en Caja de Pandora, de donde brotaron para Colombia todos los males, que sepultaron, con su cadáver, el sueño del Libertador.

En Venezuela Codazzi fue nombrado Jefe del Estado Mayor del General Páez, cuando ya había hecho la mensura de la provincia de Coro -dice Schumacher- y de ahí sigue a la isla de Margarita, a la Guayana, al Apure, al Atabapo, al Casiquiare, al Orinoco, alternando la cartografía con la guerra, ya en una parte, ya en otra, contra los jefes de partidas o guerrilleros de las contiendas civiles. Luego en Mérida, otra vez en Maracaibo, más tarde a la Guaira y a Caracas, y después a Barquisimeto, este incansable viajero que frisa ahora en los 37 años, va trabajando día por día en su magna obra de elaboración de los mapas y de la Geografía de Venezuela, cuyos tres tomos habrán de publicarse, para pasmo del mundo, en París, hacia 1840.

Y en estos diez años de labores, Codazzi encuentra tiempo para enamorar a una prima del Mariscal Sucre y para casarse con ella.

Y qué mujer, cadetes, fue Mamá Lele. De familia oriunda de Cumaná, Araceli Fernández de la Hoz sufrió en su niñez las privaciones y los horrores de la Reconquista española. Boves y Latorre, sanguinarios escuderos de don Pablo Morillo, cebaban su rabia en los patriotas de Cumaná para tomar venganza de las derrotas del año 13 en el Bárbula y en San Mateo. Por eso en 1822 la batalla de Carabobo, en los Llanos de Valencia, que decide la libertad de Venezuela, es una cruenta revancha de los paisanos de Sucre y de los Fernández de la Hoz. Cuando las tropas de Bolívar atraviesan la plaza de la ciudad en busca de los desertores del pabellón rojo y amarillo, una niña se asoma al balcón para gritarle al Libertador: "General, si se apuran, los alcanzan en Nagua Nagua porque hace menos de una hora pasaron por aquí". Y esa noche esa niña baila una contradanza con el héroe de América. "Araceli, qué bonito nombre para tan bonitos ojos", fueron las galantes palabras que la futura esposa de Codazzi oyó de labios de Bolívar en la noche que sellaba la libertad de su Patria.

Qué mujer la que ganó el corazón del bravo soldado del Príncipe Eugenio. De talento y belleza poco comunes, valerosa y cristiana, pobre siempre, virtuosa y caritativa, enérgica y emprendedora, "la generala" supo educar una familia que se distinguió en el servicio de la patria común, porque sus hijos brillaron como rutilantes estrellas en el manto de la República.

Para ustedes, cadetes del Colegio Militar Caldas, sea siempre motivo de grato recuerdo saber que compartieron los bancos escolares con este maestro y con mis hijos, para quienes el ejemplo de Papá Agustín y Mamá Lele es perenne enseñanza de trabajo, de estudio, de sacrificio y de amor a Colombia.

Dispensen ustedes esta digresión, fruto del aprecio y del cariño por nuestro Colegio Militar Caldas, y continuemos con las aventuras del matrimonio Codazzi-Fernández de la Hoz, en Venezuela. Qué aventura levantar allá una familia, en esos años en que las guerrillas de Infante y de Monagas atentaban a diario contra la seguridad del Estado; esos años sin caminos, donde había que talar bosques para fundar haciendas; esos años sin escuelas, donde las hijas de Codazzi, Constanza, Inés, Araceli y Rosario debían desempeñar el papel de maestras; y los hijos Agustín, Domingo, Lorenzo y José Antonio eran dibujantes, albañiles, carpinteros, zapadores, arrieros y enfermeros, entre otros múltiples oficios. Y aún les quedaba tiempo para escribir y representar comedias alusivas a La Libertad, y para recitar versos, y para escribir con letra muy menudita los letreros de los detallados mapas del Coronel, que ya lucía la barra y las estrellas sobre las planteadas charreteras finamente bordadas por su esposa, y que hoy pueden verse en el Museo Nacional de Bogotá.

Una de las aventuras de Codazzi fue su descenso a la Cueva de los Guácharos, visitada el 2 de febrero de 1833, donde alcanzó mayor profundidad que sus predecesores, entre los que se contaba el Barón de Humboldt. Logró bajar Codazzi, en medio del revoloteo de los murciélagos, hasta los

794 metros de profundidad, y al salir a la superficie, escribió una de sus más hermosas páginas de geografía. Esta cueva queda en el pueblo de Caripe, de la provincia de Cumaná.

Entre 1835 y 1836 se distingue en las operaciones militares de Riochico, en la batalla de Guaparo, en el rescate de Maracaibo, en la toma de Puerto Cabello, en la derrota de Farfán en Apure, y su escritorio portátil de campaña, de Jefe de Estado Mayor, se hace muy popular entre la tropa de las diferentes y distantes guarniciones. Pero no fue Codazzi un militar simplemente tropero. En su bagaje llevaba, para leer y traducir, las obras de Humboldt, y a la luz del vivaque escribió muchas de sus más hermosas descripciones de la belleza de los llanos, del temple de los llaneros, y muchas de sus cartas a sus buenos amigos, el general Páez, el general Carlos Soublette, y también el general Tomás Cipriano de Mosquera, su viejo conocido de Cartago en 1819. Y la correspondencia de estos próceres de la Independencia para Codazzi, corre parejas con las cartas que cruzó con los sabios europeos, como Humboldt y Berthelot, a raíz de la publicación de la Geografía de Venezuela en París, que llamó la atención del mundo por su perfección científica.

El Rey de Francia, Luis Felipe, lo nombra Caballero de la Legión de Honor; Berthelot lo presenta al Instituto de Francia, la Sociedad de Geografía de París lo recibe como miembro de número, la Magistratura de Lugo, su ciudad natal, lo colma de honores, y otras Academias de Ciencias de Europa y Norte América le rinden merecido homenaje a sus trabajos,

Pero Codazzi ha viajado a Europa pensando en Venezuela, y busca el impulso de una de sus obras más queridas para él y para su esposa, la fundación de una colonia de inmigrantes alemanes, cuyos reglamentos o estatutos tienen mucho del espíritu del comunismo utópico de Saint Simón, en boga en ese entonces. Trae, a su regreso a tierra americana, muchos trabajadores europeos, de todos los gremios conocidos, y funda la Colonia Tovar, en La Victoria, cerca a Valencia, donde años más tarde va a morir su anciana viuda.

Enemistades, envidias, tormentas y epidemias, a más de la avaricia de algunos colonos interesados en medrar a costillas de la comunidad, hicieron que el empeño de Codazzi y de su esposa no rindiera los frutos esperados. Y culminan las aventuras de Codazzi en Venezuela, donde fue también gobernado- de la provincia de Barinas, con su destierro en 1849, a los 56 años de edad; cuando triunfa la Revolución de Monagas contra el gobierno de Páez. Las peripecias del viaje de la abuela Araceli con toda su familia, huyendo de sus perseguidores, para buscar un refugio en las islas de Aruba y Curazao, cuna de los antepasados del mariscal Sucre, no pertenecen al campo de la historia sino al de la novela. El Coronel Codazzi gana la frontera de la Nueva Granada para ofrecer sus servicios a una nueva Patria, como profesor del Colegio Militar de Bogotá, primero, y luego como Jefe de la Comisión Corográfica.

Era la Bogotá del 9 de marzo de 1849, cuando en el templo de Santo Domingo se alza la voz de Ospina Rodríguez para gritar que vota por el general José Hilario López para que no asesinen al Congreso. Era la Santafé de los puñales bajo las ruanas de los artesanos de las Sociedades Democráticas. Y en la Calle de la Carrera, cerca a la Iglesia y Convento de San Agustín, alquila Codazzi una casita para traer a su familia de Aruba a Cartagena, a Calamar, a Honda, a Guaduas y finalmente a las vecindades de los cuarteles donde todavía resuenan, en el empedrado de los viejos claustros, las pisadas de los militares y los cascos de las mulas de artillería.

Como jefe de Ancizar y de Matiz, de Ponce y de Triana, de Paz y de Pérez, en la Comisión Corográfica, organiza los trabajos científicos, dispone las órdenes de marcha, y en cada enero, durante diez años, se aleja de su hogar para regresar al cabo de seis o siete meses de recorrido por todos los rincones de la patria, con sus alforjones llenos de libretas repletas de apuntes que sus hijos convierten en hermosos mapas. Así, año tras año. Y cuando se encuentra en el Istmo, estudiando la ruta de Chagres para el futuro canal interoceánico, estalla el golpe de Melo, y

Mosquera lo recoge a su regreso de Nueva York para que lo ayude a derrocar la dictadura. Codazzi es nuevamente Jefe de Estado Mayor, esta vez en el Ejército del Norte, Por la legitimidad encarnada en el desposeído Obando, combate Codazzi en el bando. de los presidentes Herrán, Mosquera y López, sus amigos, hasta ganar la guerra y restaurar las instituciones. En las batallas de Petaquero y de San Agustín el valor del anciano Jefe de Estado Mayor es legendario, y sobre sus hombros relucen ahora los soles de General. Pero, finalizada la contienda, vuelve Codazzi a sus trabajos de campo, que Ancízar recoge en su hermoso libro "Peregrinación de Alpha" y que Matiz dibuja primorosamente en el Album de la Comisión Corográfica, ilustrado con tipos populares de todos los sitios de esa República que va cayendo en el abismo de las guerras civiles.

El mes de febrero de 1859, cuando tiene 66 años de edad, lo sorprende en su intento por apresurarse a la base de la Sierra Nevada de Santa Marta. Su familia ha quedado en Bogotá, instalada en la Calle Palau, frente al mercado del carbón, después Parque de Santander. Solamente lo acompaña don Manuel María Paz y un carguero. El Gobierno de Ospina no le ha cubierto deudas atrasadas a la Comisión. Y de la provincia de Ocaña ha bajado a Valledupar con ataques de fiebre amarilla. En el pueblito de Espíritu Santo, lo entierra su compañero bajo un montón de piedras, ese día, 7 de febrero, en que su familia, reunida a la hora de la cena, en su casa de Bogotá, siente que tocan a la puerta con los tres golpes característicos de los aldabonazos de Codazzi. Su hija Araceli corre presurosa a la puerta, la abre y no encuentra a nadie. La esposa presiente que al viajero ha debido ocurrirle algo muy grave. Un mes más tarde, el compañero del geógrafo, señor Paz, regresa a Bogotá y entrega a la familia de Codazzi, con la mala noticia de su muerte, sus pertenencias e implementos de trabajo, entre ellos un fino reloj de oro que inexplicablemente se dañó a la hora en que expiró el Jefe de la Comisión Corográfica. Cuando Mamá Lele toma en sus manos la leontina y el reloj de su querido esposo y aprieta el botón que suelta el resorte de la tapa, la pequeña máquina suiza comienza de nuevo a andar acompasadamente: tic... tac... tic... tac...

Hace algunos años el Colegio Militar Caldas visitó en Caracas el Panteón donde reposan los restos del Libertador. Allí un águila de mármol vigila insomne la urna abierta que espera recoger para la posteridad las perdidas cenizas de Miranda. Y al pie de la escultura funeraria de Urdaneta, una lápida cubre los restos mortales de este viajero incansable. Sus cenizas peregrinaron también de Valledupar a Bogotá, de aquí a Valencia y finalmente al Panteón de Caracas.

En esa excursión del Colegio Militar Caldas, a mi regreso, me detuve a contemplar en la Quinta de San Pedro Alejandrino la lápida de mármol con la efigie de Codazzi que colocó allí la Asamblea del Magdalena, y en Codazzi, el busto que perpetúa para esa ciudad algodonera la memoria del geógrafo ilustre que ustedes, cadetes, han honrado hoy con su presencia en este recinto.

